

GRADUACIÓN DE MÉDICOS ESPECIALISTAS*

Edgar Muñoz V. MD**

Quiero en primer lugar agradecer al señor Decano y al jefe de postgrados de nuestra Facultad de Medicina la invitación para dirigirme a ustedes en este solemne acto de graduación en el que además de celebrar con inmenso beneplácito la entrega al país de un selecto grupo de profesionales especialistas en diferentes áreas del conocimiento médico, le rendimos un homenaje de gratitud a un hombre adalid de la docencia y de la academia, como fue el profesor Rodrigo Pesántez Reinoso, fallecido el mes de septiembre pasado y quien hasta el último día de su existencia recorrió esta casa dando lo mejor de sí a sus alumnos y tendiendo su mano generosa a sus pacientes, constituyendo un ejemplo que perdurará por siempre.

Estas dos circunstancias me han impulsado para hacer algunas reflexiones de orden ético sobre el ejercicio de la más noble de las profesiones como es la nuestra. Los médicos somos seres humanos corrientes, como los demás, pero obligados a comportarnos distinto en todos los actos de la vida, pues el hecho de tener la capacidad de aliviar el sufrimiento de nuestros congéneres conlleva un compromiso implícito de entrega personal y espiritual, que va más allá de lo primario e impone muchas veces sacrificios. El nuevo estilo de ejercicio profesional, sin duda influenciado por las leyes que nos rigen, ha cambiado de manera radical el acto médico, convirtiéndolo en un monótono sainete, en donde prima la cantidad sobre la calidad, el frío resultado de un examen paraclínico sobre el apasionante análisis de un juicio clínico y, lo más grave, cuando en frente a nosotros ya no tenemos a un ser humano único e individual, sino a un cliente más. Cuando supeditamos con rigor el ejercicio a las nuevas



normas, se pierde entonces la esencia médica, ese don maravilloso que nos dio el Creador para brindar con generosidad el conocimiento que tenemos en beneficio de quien nos necesita.

El éxito profesional se mide en esencia por la satisfacción personal del deber cumplido y esto se logra al sentir que a nuestra mano se aferra la esperanza de quien sufre y le podemos cumplir, cuando escuchamos con atención los interrogantes de nuestro paciente y tratamos de entenderlo, al lograr transmitirle la confianza y el afecto que espera de nosotros, es decir, cuando respetamos la dignidad humana en todo lo que significa este concepto, la exclusiva y única del ser hombre sin distinción de raza, credo o condición social.

La práctica médica a mi juicio se debe desarrollar bajo aspectos fundamentales como son el estudio permanente, la honestidad, la autocrítica, la empatía con el paciente, el colegaje y la humildad. El desarrollo meteórico de

* Homenaje a la memoria del profesor Rodrigo Pesántez Reinoso, Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud, Bogotá D.C. Colombia. Febrero 4 de 2009.

** Profesor Titular de Ortopedia y Traumatología, Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud, Bogotá D.C. Colombia.

la medicina ha llevado a que especialicemos nuestro conocimiento en áreas específicas que implican estudio y razonamiento permanentes, pues lo que ayer era una verdad es posible que hoy sea una duda. Esta disciplina de estudio debe crear junto con la experiencia que adquirimos cada día, interrogantes que necesariamente nos llevan a desarrollar proyectos de investigación. Los especialistas, señores graduandos, no deben ser elementos pasivos, sino protagonistas activos que de alguna manera contribuyan al desarrollo de la ciencia. La pasividad científica y el conformismo intelectual son la base irrefutable de la mediocridad.

La honestidad y la autocrítica son valores sustanciales en la práctica médica. La primera es la cualidad que permite actuar con justicia ajustándonos a la verdad. Es la que nos muestra de manera íntegra nuestra alma y pensamiento en toda su dimensión. Es la condición fundamental para ganar la confianza del paciente y su amistad. Si somos honestos, como decía Fuller, no le temeremos ni a la luz ni a la oscuridad. La autocrítica es el valor que nos permite reconocer nuestras falencias y debilidades evitándonos recaer en ellas, convirtiéndose entonces en un motivo de superación. La autocrítica limita el error pues nos indica hasta donde podemos llegar, hasta donde tenemos capacidad para actuar de manera correcta y honesta.

La empatía con el paciente, ganarnos su confianza, es sin duda uno de los aspectos más importantes de la práctica diaria. De poco o nada sirve que seamos un dechado de conocimiento y sabiduría, si no le brindamos al enfermo el calor y el afecto que requiere nuestra relación con él, la cual permite que el paciente exponga sin dificultad sus dolencias y muchas veces haga la catarsis de su angustia.

El colegaje se refiere al sentimiento de amistad y consideración que debe existir entre nuestro gremio. Este concepto acuñado desde la antigüedad por Hipócrates cuando propuso el respeto que debemos a nuestros maestros y a nuestros colegas, y que juramos acatar el día en que nos hicimos médicos, hoy se profana a diario y es probable que sea la mayor causa de litigios medicolegales. Se debe ser prudente en la emisión de nuestros conceptos, pues no somos la instancia natural para juzgar una conducta.

A veces un gesto o una mirada, pueden generar una cascada de dudas y malas interpretaciones.

Y por último la humildad. Sobre ella se han hecho infinitas disquisiciones filosóficas, unas con orientaciones místicas y otras políticas, pero en fin, es sencillamente aceptar nuestras propias cualidades y defectos con discreción y nobleza, capitalizándolas para poner nuestras acciones al servicio de los demás. Cuando ascendemos en la escala de los logros personales, no debemos permitir que la arrogancia empañe nuestros actos.

Estos principios éticos y morales que deben regir nuestro diario vivir, por supuesto que no se aprenden de manera espontánea. Son la sumatoria del ejemplo recibido de nuestros padres en nuestra ya lejana infancia y de los preceptos que hemos recibido a lo largo de la vida por parte de nuestros maestros. El Hospital de San José ha sido a lo largo de su historia en la medicina colombiana no sólo un templo de la ciencia, sino un sitio que nos ha permitido a quienes acá nos hemos formado, transitar a lo largo de nuestras vidas con la entereza y el carácter de hombres que llevamos con altura nuestra condición médica, basada en los más altos preceptos de la responsabilidad y de la ética aquí aprendidos.

Hoy nuestra Facultad de Medicina rinde un homenaje de reconocimiento y gratitud a uno de esos cultores de la ciencia y de la ética. Al profesor Rodrigo Pesántez Reinoso, quien a lo largo de 40 años de vinculación a esta institución formó centenares de estudiantes en pregrado y más de cien especialistas en ortopedia y traumatología que a lo largo y ancho del país así como internacionalmente, hacen honor a nuestro claustro. De hecho, la inmensa mayoría de los directivos y docentes del hospital y de nuestra facultad, tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. Enseñó sin egoísmo su conocimiento médico y su ejemplo como ser humano, así como la dedicación abnegada a sus pacientes, trascendió a nuestras vidas. Presentamos a Olivia su inseparable compañera, a sus hijos Rodrigo, Pablo, María Augusta y Angelita, a sus nietos, nueras y yerno, nuestro reconocimiento imperecedero. Hoy tengo la certeza que desde las lejanas colinas de la eternidad, nos acompaña en este acto. Finalmente, le pido a Dios, le haya perdonado la gran equivocación de su vida... el haber sido el más ferviente hinchado del Independiente Santa Fe.